

VIOLENCIA URBANA Y RECUPERACIÓN DE LOS ESPACIOS COLECTIVOS DEL BARRIO AUTOPRODUCIDO

Iris Rosas Meza

Centro Ciudades de la Gente, Sector de Estudios Urbanos,
Escuela de Arquitectura Carlos Raúl Villanueva,
Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Central de Venezuela
irisrosas.fau.ucv@gmail.com

RESUMEN

Los espacios públicos, equipamientos y áreas compartidas por agrupación de edificaciones, conforman los espacios de uso colectivo en los barrios urbanos. En estos lugares de uso colectivo acontece la convivencia, se manifiestan las relaciones e intercambios cotidianos entre la gente, se expresan y reúnen las iniciativas de los grupos e individuos que hacen vida y sienten arraigo en estos asentamientos construidos por ellos mismos. Los resultados de la investigación que se viene realizando en un barrio caraqueño sobre la violencia urbana y medio ambiente autoproducido, permiten visualizar nuevas situaciones que se presentan por la manera en que se ha desplegado la violencia en estos territorios. Este trabajo tiene por objeto mostrar cómo las actividades, las funciones cotidianas y el uso de estos espacios de convivencia se han modificado como consecuencia de la inseguridad generada por la violencia homicida, que ha penetrado ampliamente y afecta a todos los habitantes de estas zonas de la ciudad. Este estudio, de carácter cualitativo, está basado en la percepción de algunos pobladores acerca de los espacios seguros e inseguros en el barrio y las razones que originan esa inseguridad. Los barrios a lo interno no tienen protección policial, muchas familias son víctimas o se ven amenazadas por la violencia armada. Ante esta situación, se viene produciendo un reacomodo en el uso de los espacios colectivos y su cotidianidad, en busca de cierta seguridad y resguardo de la vida. Una de las conclusiones que surge es la percepción de los espacios públicos como lugares más inseguros, donde precisamente el uso colectivo es de mayor intensidad, lo que conlleva repensar en su necesaria recuperación, desde la vivienda y el microvecindario hasta las vías públicas, demandando el apoyo de las instituciones públicas locales a fin de mantener y asegurar la convivencia en estas comunidades populares.

419

Palabras clave: inseguridad, barrios urbanos, espacios públicos.

INTRODUCCIÓN

La violencia en nuestras ciudades está determinada por la realidad histórica, política, económica y sociocultural del país. Venezuela hoy en día está catalogada como uno de los países más violentos en Latinoamérica (Briceño León, 2012). En las urbes esa violencia adquiere formas distintas que se expresan en los diferentes fragmentos que las conforman. Uno de los fragmentos donde esta violencia se ha aglutinado ha sido en los barrios, con la penetración del tráfico de drogas y las armas. Estos presentan índices elevados de homicidios y criminalidad, situación que se genera en un contexto donde la seguridad pública se abstiene de intervenir en la prevención o resolución de estos conflictos.

Con el propósito de discutir la impronta del fenómeno de la violencia urbana en los barrios autoproducidos, específicamente en los espacios de uso colectivo, se exponen en este trabajo unos primeros resultados en torno a la percepción del miedo y la inseguridad, que generan en la comunidad de un barrio caraqueño los actos de violencia y algunas reflexiones de sus manifestaciones simbólicas en el territorio, en particular, los lugares que los pobladores consideran seguros e inseguros.

En estos territorios se concentra la pobreza, expresada en las carencias e insuficiencias que la gente padece: el agua, la luz, la movilidad, el hacinamiento, la atención educacional, médica, etc., pero un problema estructural, externo, que se esparce y los ahoga es la violencia criminal. Las investigaciones realizadas (Briceño-León, Ávila y Camardiel, 2012, p. 102) han puesto en evidencia que mayormente las muertes ocurren al interior de los barrios. Si se toma como referencia los medios impresos, estos a veces destacan los homicidios que se cometen en algunos barrios de Caracas y otras ciudades del país, pero en muchos de los casos ni siquiera se mencionan en estos medios.

Ciertamente, la inseguridad y la violencia están presentes en la metrópoli pero “...estos son más agudos en los barrios, ya que se agregan a la precariedad física, la densificación y el hacinamiento de las viviendas” (Bolívar y Pedrazzini, 2008, p. 72). Hay que advertir de antemano que la mayoría de los habitantes de barrios sufren la violencia pero no pertenecen al mundo de la violencia, son gente pacífica y laboriosa, habitan en un medio donde la padecen hasta extremos intolerables, aun así, celebran la vida y luchan por hacerlo humanamente (Trigo, 2008, p. 167).

La violencia afecta la vida del barrio de manera tangible e intangible: en las casas enrejadas se van observando las modificaciones; en las escuelas, las calles y el vecindario se va produciendo también cambios en el hábitat. Este trabajo se centra en esos espacios que han pasado a ser lugares donde la violencia se desenvuelve y aparece condicionando sus usos y funciones. En este sentido, es importante mirar cómo se espacializa la violencia urbana en estos asentamientos populares. Para este estudio se abordó un análisis desde la percepción de quienes los han producido, los habitan y han sido víctimas de la inseguridad. Debido a que esa violencia urbana ha ganado terreno en las zonas de barrios de Caracas, estos han sido estigmatizados como *zonas rojas*, homogeneizándose un problema que puede aparecer con diferencias entre los barrios, e incluso entre sectores de un mismo barrio. Los asentamientos autoproducidos pueden tener un mismo origen de informalidad, pero muestran diferencias en el proceso de ocupación, el tejido social y la trama espacial. Sus condiciones de precariedad y características espaciales pueden fomentar y ser propensas para las actividades delictivas y, en ciertos lugares, reflejar niveles de inseguridad más que en otros. Hay que considerar además que las acciones de la organización

comunitaria, la familia, la escuela y otras instituciones existentes, pueden estar generando mecanismos de control para reducir la violencia, que son importantes para visualizar los espacios seguros, las reglas y formas de convivencia pacíficas. Este abordaje del problema es parte del reciente estudio realizado en un barrio caraqueño, por el grupo del Centro Ciudades de la Gente, bajo la responsabilidad de la autora de este trabajo; se inscribe en el marco del proyecto de investigación “Ciudades seguras e incluyentes en Venezuela e institucionalidad”, que dirige el sociólogo Roberto Briceño-León, del Laboratorio de Ciencias Sociales. Para la indagación, la metodología ha sido cualitativa, de tipo analítico- descriptiva, basada en datos obtenidos de siete entrevistas individuales en profundidad a familias que han sido víctimas, y una entrevista de grupo focal a representantes y líderes de la comunidad. El barrio objeto de estudio se ubica dentro de una gran zona conformada por la unión de varios de estos asentamientos (en resguardo a los entrevistados se acordó no mencionar el nombre del barrio). Se consideró para su escogencia el conocimiento que se tiene de estudios previos y referentes empíricos obtenidos en el acercamiento continuo que la autora ha tenido a la realidad del barrio en cuestión.

El contenido de este trabajo se ha dividido en tres partes. Una primera parte que presenta el marco teórico-conceptual y metodológico, en el cual se discuten los constructos aplicados al análisis de la violencia urbana y su impacto en los espacios creados por la gente. La segunda parte da cuenta del análisis de la percepción de la violencia que tienen sus habitantes, de los espacios seguros e inseguros en el barrio. Asimismo se intenta mostrar cómo la violencia urbana se superpone a la trama espacial y las relaciones sociales en el barrio, produciendo la pérdida de los espacios colectivos y un reacomodo de los espacios en función de la seguridad. Finalmente, en la tercera parte, se concluye de manera sucinta con los resultados más resaltantes, y unas consideraciones en torno al resguardo de los espacios y de la gente ante las situaciones de violencia que se vive en los barrios.

421

APROXIMACIÓN TEÓRICO-METODOLÓGICA: PERCEPCIÓN Y ESPACIALIDAD DE LA VIOLENCIA EN EL BARRIO

La percepción de la violencia en los barrios se va creando con el conocimiento que tienen sus habitantes de los hechos delictivos vividos, de las distintas prácticas violentas; lo obtienen de la experiencia personal cuando han sido víctimas o de la experiencia de personas conocidas o no de su comunidad, y en menor grado también lo obtienen a través de los medios de comunicación (Baires et al., 2006). Desde este conocimiento de la gente se va configurando un imaginario de seguridad y de inseguridad que se manifiesta de muchas formas. Se habla esencialmente del miedo al otro, del temor a estar en ciertas zonas; esto va formando una percepción de la violencia anclada al territorio y a lugares concretos en el barrio. Bajo esta consideración previa, se intenta describir y representar, lo que en el estudio realizado por Baires et al. se denomina la geografía de la inseguridad forjada por la violencia, en este caso, en el medio ambiente autoproducido del barrio.

Para el análisis de esta dimensión físico-espacial, los lugares en el barrio serán referenciados usando las categorías sugeridas por Kevin Lynch (1997), quien los define y clasifica en zonas, sendas, nodos, hitos y bordes. *Las sendas* son canales de movilidad, en el barrio que conforman calles, escaleras, callejones y pasadizos, en las que concurren primordiales relaciones sociales entre los habitantes; *los bordes* sugieren un espacio colindante, una frontera divisoria que separa un lugar de otro; *los nodos* hacen referencia a sitios estratégicos al cual un observador se dirige o encamina por constituir puntos de convergencia y conexión de redes, de confluencia y

concentración de personas. Los nodos pueden ser a la vez *hitos*, cuando se ubican y reconocen en ellos elementos materiales y simbólicos, de identificación por una comunidad o usuarios en la ciudad.

Para abordar lo que ha sido la materialización de la violencia en los espacios del barrio, se usa la noción de “lugares marcados”, cuya definición se obtiene a partir de “...la relación con los sujetos o actores y de su construcción discursiva,... y es desde esta relación que es posible delimitar los lugares inseguros” (Baires et al., 2006, p. 8). Se trata, entonces, de un proceso de elaboración colectiva e individual que parte del discurso de la gente, cuyos testimonios van generando una geografía simbólica (Reguillo, 1997, citado por Baires et al., 2006), que surge cuando ese discurso hace referencia a las formas de apropiación de la ciudad por los actores sociales. Esa apropiación, en un contexto en el que la violencia media en las relaciones sociales, la geografía simbólica que emerge es de la inseguridad.

Bajo este enfoque, el análisis realizado intenta mostrar una geografía de “los espacios inseguros y seguros” y “los lugares marcados por la violencia” en el barrio estudiado. Los lugares inseguros que se describen son aquellos que las personas entrevistadas señalaron como sitios peligrosos, donde se han producido hechos de violencia. Son estos los lugares donde les han matado a un hijo, un sobrino, un yerno, un hermano u otro familiar; saben también que allí han habido enfrentamientos con armas de fuego entre las bandas, por eso se sienten expuestos y atemorizados. Por el contrario, los lugares seguros descritos por la gente, son aquellos espacios donde la familia y la comunidad logran mantener el control y se perciben como ambientes más resguardados.

Los sujetos de la investigación fueron personas que han sido víctimas de la violencia en el barrio e integrantes de grupos familiares que viven en condiciones distintas en el barrio: un rancho o una casa, ubicados frente a una vía vehicular o en escaleras alejadas de estas, si están hacinados o no en la vivienda. Se incluyeron también como sujetos de investigación a líderes y representantes de algunas organizaciones, por considerar que estos tienen un conocimiento más amplio de los problemas que padecen en la comunidad. Para la recolección de los datos empíricos de las familias se aplicó el método de la entrevista en profundidad; a los líderes y representantes de organizaciones comunitarias se aplicó la entrevista colectiva de grupo focal. Así, las familias y los líderes comunitarios constituyen dos unidades de información a las cuales se aplicaron dos métodos cualitativos distintos de entrevistas, con los cuales se consiguió explorar la percepción que tiene la comunidad de las zonas y los lugares seguros e inseguros, considerando tres ámbitos espaciales: la ciudad, el barrio y sus alrededores, y el vecindario, con énfasis en los dos últimos.

ZONAS URBANAS MÁS INSEGURAS Y MENOS INSEGURAS: CONSTRUCCIÓN DE UNA GEOGRAFÍA DE LA INSEGURIDAD

Al nivel de la ciudad de Caracas, los espacios se perciben con menor inseguridad que en el barrio, sin embargo, para quienes realizan cotidianamente actividades y se mueven con más frecuencia fuera del mismo, se mencionan como sitios inseguros los nodos de confluencia de las paradas de autobuses y las salidas del metro. Llama la atención que algunas de las personas entrevistadas perciben también algunas urbanizaciones populares en la ciudad como inseguras, cuyas características coinciden por las altas densidades en bloques de gran altura.

En el ámbito de la gran zona de barrios, la gente conoce más de cerca la problemática de la violencia y la perciben con mayor inseguridad que el resto de Caracas. En esta gran zona, los alrededores del barrio donde viven son considerados como zonas mucho más peligrosas y violentas que este. De las fuentes revisadas y testimonios obtenidos, las razones por las cuales se observan las zonas aledañas más inseguras obedecen a factores que fomentan la violencia: presencia del comercio ilegal del narcotráfico, conflictos y enfrentamientos entre las bandas, integradas por jóvenes que viven en estos barrios, que operan y se mueven a través de la intrincada red peatonal y vehicular en pendiente, superponiéndose y trastocando las dinámicas sociales, económicas y territoriales de sus habitantes.

Lo antes señalado se sustenta en datos de los informantes, que refieren la existencia en esta gran zona de puntos de distribución de drogas. Uno de estos es un nodo central del comercio ilegal y narcotráfico, catalogado como la zona más peligrosa; parece ser el primero que se ubicó en la cúspide de una colina de otro barrio, un lugar estratégico, con visuales y accesos a los barrios que lo rodean, entradas y salidas a vías expresas en la ciudad. Una hipótesis que aparece, entonces, es que ese comercio ilegal se apostó y se esparció desde este nodo céntrico hacia otros nodos en los barrios que lo circundan, incluyendo el barrio estudiado, conformando una red interna de recorrido delincriminal en toda la gran zona. Son las sendas que atraviesan y comunican estos territorios. A través de estas se mueve el delito y la impunidad, que busca controlar y defender el mercado local de drogas; son espacios de dominio, dentro de los cuales los integrantes de las bandas ejercen la violencia.

Estos nodos son perceptibles por los habitantes del barrio. Algunos se encuentran al lado o al frente de sus casas, pero tienen temor de denunciar, se sienten amenazados. Ese comercio ilegal puede estar en una casa, garaje o depósito y se ubica normalmente frente a las vías vehiculares. En la gran zona de barrios hay sendas vehiculares que bordean o atraviesan todos los sectores y por muchas de estas hacen su ruta las unidades de transporte público internamente; son calles en las que se han ido mermando las actividades propias de la vida cotidiana en los barrios. Un pequeño estadio de béisbol, ubicado en la entrada de uno de estos barrios, también es tomado a ciertas horas como punto de distribución de la droga. Por esa razón, la escuela cercana dejó de usarlo para las actividades recreativas de los niños y jóvenes del plantel.

Esta forma de violencia urbana, vinculada a la ilegalidad y la impunidad, va despojando a los barrios del uso de sus escasos espacios colectivos. Tanto las sendas utilizadas para la circulación como los nodos de equipamientos colectivos se convierten en zonas de peligro para la gente, dificultan además el desplazamiento, así como el desarrollo de las actividades y el desenvolvimiento de la vida en estas comunidades.

En el ámbito del barrio estudiado se encuentra que la percepción de inseguridad de sus habitantes se atenúa en comparación con los que tienen a su alrededor. La gente que conoce, ha visto o escuchado de estos otros barrios, mira al suyo como un territorio menos inseguro, no obstante, esta apreciación se fue matizando a medida que se precisaron y detallaron en el territorio los lugares inseguros, con lo cual se logró construir al interior de la zona de estudio una geografía de la inseguridad con coloraciones, en la cual se perciben espacios colectivos con más incidencia de la violencia y otros con menor ocurrencia o sin esta.

Los lugares marcados en la trama del barrio

Los barrios más nombrados y percibidos como más inseguros se encuentran en los alrededores del barrio estudiado. La identificación con matices de color rojo estaría indicando distintos grados de inseguridad entre los barrios de la gran zona, por lo tanto, estas zonas no parecen ser tan homogéneas como se les ha querido señalar (figura 1). Lo mismo se percibe al interior del barrio, por eso es necesario identificar los lugares inseguros y ver porqué en estos hay mayor incidencia de la violencia.

Al centrar el panorama de la inseguridad al interior del barrio, las personas entrevistadas identifican claramente los puntos específicos que consideran más peligrosos; tres de ellos son: la entrada al barrio, el cruce de las calles y el basurero (figura 2, lugares 1 y 2). Pero, ¿qué características tienen estos espacios? Una explicación se encuentra en el hecho de que estos tres lugares conforman una unidad espacio-temporal, caracterizado por el encuentro y la unión de sectores en el barrio, donde se interceptan y se cruzan tres calles, de entradas y salidas, que los delimitan. Más allá de esta descripción física, estos constituyen nodos de confluencia obligada de la gente, de concurrencia primordial, por lo tanto, representan espacios colectivos de cotidianidad en la vida de las personas (Gutián, 1995). Pero, las imágenes de inseguridad en estos nodos se forman desde las vivencias personales y la convivencia con los otros, se materializan como expresiones de temor, de lugares marcados por la violencia. Esta percepción está relacionada con la recurrencia de los homicidios por los conflictos y enfrentamientos entre las bandas que pertenecen a cada uno de esos sectores, por lo tanto, la inseguridad se vincula por una parte con el delito y la impunidad, por otro con la falta de vigilancia, de protección y de atención al problema de la seguridad en los barrios.

424

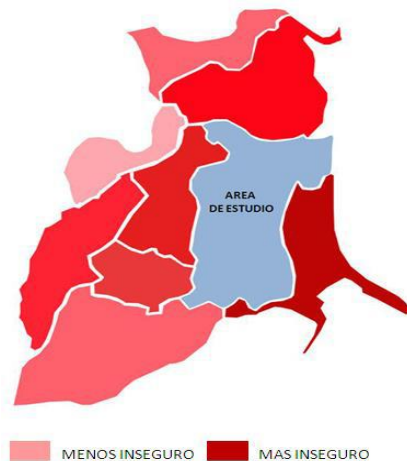


Figura 1. Percepción de inseguridad en los alrededores del barrio estudiado. Fuente: Grupo de Investigación CCG/FAU/UCV.

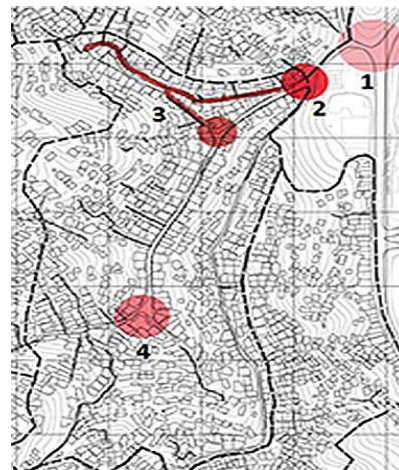


Figura 2. Percepción de inseguridad en el barrio: los “lugares” marcados. Fuente: Grupo de Investigación CCG/FAU/UCV.

La percepción de los informantes coincide con la tendencia cada vez más creciente de ocurrencia de eventos homicidas en estos lugares de unión entre zonas de barrios: intersección de vías vehiculares y empalmes de escaleras y calles. Las prácticas violentas de las bandas se reproducen también en los cruces de las escaleras en las laderas, aun cuando los enfrentamientos se perciben con mayor intensidad en los tres nodos de entrada de la calle principal antes señalados.

Esta lectura desde la geografía de la inseguridad, se yuxtapone a la trama laberíntica del barrio, y parece estar favorecida por las diferencias de nivel de la topografía y desniveles. La invisibilidad hace proclive la inseguridad en las escaleras públicas de circulación, que bajan por las laderas desde la calle principal en la cumbre hasta la calle principal del otro barrio al fondo de vertiente, por lo que estos ramales se han hecho propicios para el recorrido de las bandas. Se puede decir que la función principal de las sendas como lugar de intercambio en el barrio, se ha modificado. Hoy en día estas presentan una dicotomía entre seguro e inseguro: seguridad para el escondite y escape de los delincuentes, e inseguridad para las personas que en momentos se inhiben de circular y conviven con esta situación a lo largo de estas escaleras y callejones.

En la investigación realizada fue contemplada la variable de la desigualdad social y espacial en el barrio. Al respecto, cabe destacar la heterogeneidad del medio ambiente construido de manera progresiva: hay diferencias entre las zonas consolidadas en la calle principal y las zonas de las laderas donde se concentran personas y casas con más deficiencias en los servicios de agua, luz, cloacas, etc. En estas zonas menos consolidadas, las familias se encuentran desprotegidas por las distancias que se recorre para llegar a la calle y están más propensas a robos y atracos. Por allí se movilizan y reúnen también los grupos delincuenciales, que buscan mantener y aumentar el control de su territorio y el beneficio obtenido por la distribución de la droga.

Los cruces nodales inseguros de vías de circulación arriba mencionados, aparecen de forma recurrente en el discurso de los entrevistados; con menos frecuencia a la inseguridad se menciona el nodo de la redoma (figura 2, lugar 4), pero de forma mucho más clara y dramática se habla de una senda en escalera (figura 2, lugar 3), un espacio que se analiza a continuación.

Una escalera entre dos zonas enfrentadas: senda neurálgica en el barrio

Para los entrevistados que viven en el barrio, una escalera que comunica las dos calles principales del barrio estudiado es percibida como uno de los lugares más peligrosos. Al parecer, en este pasaje se han cometido también varios homicidios. ¿Qué hace de esta senda un lugar tan propenso a la delincuencia y por qué se vuelve una amenaza para el paso de la gente? La explicación desde el punto de vista físico se puede describir por su condición de pasadizo: es una escalera angosta, confinada entre paredes sin casi ventanas, que une la calle de arriba y la calle de abajo del barrio. Pero la condición fundamental de peligrosidad está vinculada al hecho simbólico de ser una senda de borde que marca el límite entre dos zonas identificadas como territorio de dos bandas. La toponimia de esta escalera oculta la visión de una calle a la otra, cubriendo de inmediato al delincuente cuando atraviesa hacia uno de los dos lados; es un tramo corto que atraviesa menos gente, que se ha convertido en una frontera inquietante y riesgosa. Se trata de un lugar neurálgico, en el que las expresiones de miedo relacionadas con el uso de este espacio público especialmente, aparece en el discurso de todos los entrevistados y pareciera ser generalizado en el barrio.

En uno de los extremos de esta escalera y hacia una de calles, se encuentra un equipamiento escolar privado y de usos múltiples por la comunidad; es un hito importante, y debido a la incidencia a menudo de la violencia en ese lugar, deben en horario laboral procurarse una vigilancia particular frente al edificio.

Estos equipamientos comunitarios son también vulnerados por la delincuencia: las escasas canchas deportivas y los alrededores del Colegio de Fe y Alegría que funciona en la zona se han convertido en lugares inseguros para los jóvenes escolares y maestros, porque se conocen allí prácticas de robos, violaciones, presencia de jóvenes armados, que toman posesión de estos lugares o sus alrededores para distribuir la droga y en algunas ocasiones perpetrar sus crímenes. La comunidad escolar como institución, tiene mecanismos de control a lo interno de la escuela, que está sujeta a las normas de convivencia al interior de estos espacios, no obstante, sus actores no tienen cómo garantizar estas normas y preservar la seguridad fuera del recinto del colegio, en las puertas o en sus inmediaciones. Esta breve síntesis de la geografía simbólica de la inseguridad permite visualizar y entender cómo se van construyendo específicamente en el barrio estos “lugares marcados” y pensar en posibles respuestas al problema de la inseguridad y mejora de los espacios públicos y de consumo colectivo en el barrio.

LA TRAMA URBANA DEL BARRIO Y LOS CAMBIOS EN EL USO DE LOS ESPACIOS COLECTIVOS

No es posible ver lo que ocurre en un solo barrio sin entender lo que está pasando con la violencia en los alrededores; así, la mirada se extiende y traspasa su perímetro. Los barrios ubicados en la gran zona establecen relaciones espaciales y funcionales del narcotráfico, que se materializan en el uso de las intrincadas uniones en la trama, recorridos y circuitos que atraviesan y penetran en cada barrio. Un enredado sistema de comunicación e interacción se espacializa en la trama laberíntica, con escasas vialidades vehiculares internas y muchas escaleras y veredas construidas en terrenos, con una topografía escabrosa e inclinada. Este sistema de conexiones internas condiciona la circulación y el intercambio de la gente, pero, como consecuencia de las divisiones acordadas por el control que ejercen las bandas en este territorio, existen los llamados bordes amenazantes, que son límites simbólicos. Estas divisiones condicionan los desplazamientos entre los barrios y parecen estar claras para quienes viven en estas zonas. Los mismos vecinos que saben de estos pactos, muchas veces se inhiben de pasar por una calle o atravesar una escalera; lo hacen para evitar el peligro que representa para ellos y buscan el camino más seguro, aunque a veces el recorrido sea mucho más largo o tengan que pagar para que los lleve una unidad de transporte por un recorrido que antes hacían a pie.

Los espacios comunes, la calle, la escalera, la vereda, la redoma, van disminuyendo su uso esencial en el barrio como lugares de encuentro e interacción entre los vecinos; han perdido la normalidad de su funcionamiento cuando se sabe que ya no son solo espacios colectivos propiamente de la comunidad, sino de quienes se benefician del negocio de la droga y cometen los homicidios. Las escaleras son las sendas por donde se accede a la mayoría de las casas. Estas dominan la movilidad en el barrio; son los espacios más frecuentados por niños y jóvenes para jugar y conversar, pero las escaleras de circulación, que comunican un barrio con otro, se convierten en sendas altamente peligrosas cuando son utilizados por las bandas para sus recorridos delincuenciales, no solo por lo que les puede pasar a las personas estando allí, sino por el mal ejemplo que ven y la probabilidad de pervertir a los más pequeños.

Debido a la pérdida del control social informal, la impunidad y la corrupción, la trama de los barrios se convierte en un potencial que favorece las actividades delincuenciales de las bandas en esta zona. Así lo expresa uno de los entrevistados:

...a todo eso uno le dice “los barrios”, vas a pasar primero por la subida de este, sigues por este otro, continúas con este barrio, sigues por otro que se comunica por acá con el barrio tal, y con otro también, todo esto se comunica, pero todo esto es un laberinto..., yo entro por aquí y puedo salir a este otro barrio por acá, puedo salir también al barrio de más allá... todo esto también lo recorren la bandas.

Subdivisiones y fracturas internas en el territorio

La existencia de las bandas armadas ha producido divisiones entre barrios e incluso particiones en un mismo barrio. Estas divisiones repercuten en el uso de los espacios, la movilidad y producen cambios en la vida cotidiana de los individuos y la comunidad. Las percepciones de estas subdivisiones complementan esa geografía de la inseguridad, que abarca mayormente los espacios públicos y en menor grado los espacios privados. Uno de los efectos en la movilidad y el recorrido de la gente, aparece claramente señalado por uno de los entrevistados: “Dentro del mismo barrio hay divisiones. Si tú entras por aquí hay unas escaleras que van a la parte alta..., por la parte de abajo hay una subida que es otra entrada y llega hasta la redoma..., entonces los de aquí no pueden pasar por aquí y, ni los de acá pueden pasar por aquí, entonces tienes que agarrar tu jeep ajuro para poder moverte porque caminando no puedes”.

Estas particiones del territorio debido a la violencia, se identifican como zonas críticas controladas por distintos grupos que integran las bandas, que rompen y fracturan el tejido social y espacial, donde ha germinado y expandido la delincuencia armada y el emplazamiento de una violencia urbana que amenaza todo el territorio, pero que actúa, como se ha señalado antes, en determinados lugares del barrio.

La construcción de percepciones de seguridad e inseguridad varía aun con todos los problemas para las familias y vecinos que conviven con jóvenes armados. Se ve con mayor peligro a los malandros o delincuentes de la otra calle, del otro callejón o escalera, del otro barrio. El temor se manifiesta y alarma frente a los desconocidos. Esta situación que se vive en los barrios por más dos décadas, pareciera ser algo natural y los hace sentir confiados por el hecho de identificar a los jóvenes “pandilleros” de su misma calle o barrio, porque los conocen y los han visto crecer, incluso junto a sus propios hijos, porque son hijos de amigos o madres vecinas, por eso, son capaces de tolerar o enfrentar el riesgo que corren ante estos jóvenes violentos cuando se ven amenazados o son sus víctimas. De este análisis surge con evidencia, que debido a la ausencia o ineficacia del Gobierno, la seguridad queda en manos de las mismas bandas que ofrecen protección a “su gente”, lo que es una forma (perversa) de amparo, que intentar llenar el vacío de acceso a la justicia. Dada la alta incidencia de estos factores que reproducen la violencia, es imprescindible fortalecer las instituciones en el barrio, con acciones efectivas de las instituciones públicas que contengan la violencia y resguarden el medio ambiente autoproducido y la vida de sus habitantes.

Para dar una explicación muy somera de la violencia urbana desde la variable institucionalidad, la presencia en estos territorios de zonas confinadas y vigiladas por las bandas pudieran asimilarse a

las “zonas marrones” de O’Donnell, que las define sustentado en la legalidad de la dimensión pública, como zonas funcionalmente nulas, en las que se pone de manifiesto la ausencia de Gobierno, con alta penetración de circuitos de poder perversamente privatizados por las bandas y traficantes de drogas, en las que algunas organizaciones del Estado se vuelven parte de estos circuitos y la seguridad queda entonces en manos de estas organizaciones (O’Donnell, 1993, pp. 11-16).

Las prácticas delincuenciales en los territorios producidos y compartidos por la misma gente, tienden a inhibir las relaciones comunitarias y vecinales de solidaridad que los caracteriza, van modificando la convivencia entre los más próximos, aparecen conflictos que se exacerban con la amenaza de los jóvenes integrantes de estas bandas que portan armas, o por el consumo habitual de alcohol que en sí no origina la violencia pero facilita estos comportamientos en el barrio. Los grupos armados pueden llegar fácilmente a la puerta de la casa y a las azoteas que se usan para amedrentar con disparos y dar muestra de poderío a las otras bandas “enemigas” que viven al otro lado.

La convivencia en estos espacios comunes se quebranta en momentos en que la violencia se impone por los conflictos delictivos y criminalidad. Esto aparece en el discurso de las personas con un sello de temor, alerta, desconfianza, incertidumbre, que muchas veces no pueden superar, factores que inciden de manera directa en la pérdida de cohesión social en el barrio.

La percepción de la seguridad en los vecindarios también ha cambiado. La vida y tranquilidad de la familia se ha visto afectada por la delincuencia que irrumpe en sus propias casas de varias formas: cuando hay enfrentamientos las balas pasan fácilmente las tablas de las que todavía son ranchos con techos de láminas, otras logran traspasar las paredes de bloques, puertas y ventanas. Los hábitos de sus moradores se modifican para protegerse y el encierro se asume como una forma de protección y resguardo. En este ambiente de inseguridad, las familias permanecen dentro de las casas, hacia el fondo o en los espacios más alejados de la calle o escalera; en otros casos el propietario de la vivienda decide mudarse, del primer piso que da a la calle, a un piso superior de la edificación, cuyas ventanas dan hacia el lado más seguro. Esta actitud defensiva tiende al aislamiento, a apagar las relaciones vecinales, a inhibir esa experiencia solidaria que ha sido germen de las relaciones y la cultura del barrio.

428

CONCLUSIONES

Uno de los resultados relevantes de la investigación es que los espacios más violentos en el barrio son los cruces de las calles vehiculares y veredas utilizadas para la circulación y tránsito entre las zonas. Las viviendas, por el contrario, son los espacios más seguros, aunque los ranchos están más expuestos a la inseguridad y el peligro de ser ocupados fácilmente por delincuentes.

La trama del barrio, apreciada por la riqueza espacial y su forma, se convierte en una gran debilidad para la gente al ser tomada por la violencia, favoreciendo los “espacios del malhechor”. Los espacios públicos del barrio, de encuentro cotidiano entre vecinos y de intercambio social, así como las paradas de transporte público, son cada vez más vulnerados, bloqueados y convertidos en lugares inseguros por la violencia criminal. La gente del barrio rechaza el hecho de que los lugares de esparcimiento: la cancha, la redoma, el parquecito, donde solían reunirse, sean tomados por los victimarios. En su lugar, los equipamientos cerrados tienden a ser más

utilizados para el desarrollo de las actividades comunes y de recreo: la cancha amurallada en el patio o en el techo de la escuela.

Desde esta perspectiva, el barrio puede estar caracterizando al barrio típico caraqueño, que representa un escenario inseguro y vulnerable de inseguridad, que ha venido agudizándose y manifestándose con mayor fuerza. Las percepciones de las personas entrevistadas registran grados elevados de victimización e indefensión, situación que pudiera reflejarse en un aumento del número de familias a ser víctimas de esta violencia urbana.

De las fuentes obtenidas en las entrevistas, podemos decir que este no es un barrio que hasta ahora se le haya podido catalogar como zona roja, que hay barrios a su alrededor que se perciben como mucho más peligrosos. Internamente, este y otros barrios presentan inseguridad en ciertos espacios públicos, pero también seguridad en los espacios privados de las casas y al interno de las edificaciones comunales.

Lo analizado permite visualizar nuevas situaciones en el barrio. Estas ilustran la forma en que se desenvuelve y despliega la violencia urbana en estos territorios. Uno de sus efectos principales es el miedo que lleva a pensar en el reacomodo de los espacios colectivos y un cambio en las conductas de la gente. Este estudio contribuye a dar una orientación a la seguridad pública y autoridad municipal, a fin de tomar acciones sociales, jurídicas para recuperar los espacios perdidos, encauzar posibles acciones dirigidas a recuperar la cohesión social y asegurar el uso de los espacios colectivos en el barrio.

429

REFERENCIAS

- Baires, S. et al. (2006). *Violencia urbana y recuperación de espacios públicos. El caso del AMSS. San Salvador: Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”-PNUD.*
- Bolívar, T. y Pedrazzini, Y. (2008). La Venezuela urbana. Una mirada desde los barrios. *Bitacora*, vol. 12, n°1, enero-junio 2008, pp. 55-76, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- Briceño León, R. (2012). La comprensión de los homicidios en América Latina: ¿pobreza o institucionalidad? *Ciência & Saúde Coletiva*, 17 (12), pp. 3159-3170. Extraído el 19 de agosto de 2013 de http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_issuetoc&pid=1413-812320120012&lng=es&nrm=iso
- Briceño-León, R., Ávila, O. y Camardiel, A. (2012). *Violencia e institucionalidad. Informe del Observatorio Venezolano de Violencia 2012*. Caracas: Editorial Alfa.
- Camardiel, A. et al. (2012). El control social informal. *Violencia e institucionalidad. Informe del Observatorio Venezolano de Violencia 2012*. Briceño-León, R., Ávila, O. y Camardiel, A. 2012, pp. 161-172. Caracas: Editorial Alfa.

- Gutián, D. (1995). Sociología del habitar. En: Amodio, E. y Ontiveros, T. (Eds.). *Historias de identidad urbana* (pp. 45-58). Caracas: Fondo Editorial Trópykos-Ediciones Faces-Universidad Central de Venezuela.
- Lynch, K. (1997). *The image of the city*. Cambridge, Massachusetts and London: The MIT Press, 25th printing.
- O'Donnell, G. (1993). Acerca del Estado, la democratización y algunos problemas conceptuales. *Desarrollo Económico*, vol. XXIII, n° 130, 1993, pp. 1-32. Extraído el 17 de enero de 2014 de <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/deluca/odonnell.pdf>
- Reguillo, R. (1997). El oráculo en la ciudad: creencia, prácticas y geografía simbólica. ¿Una agenda comunicativa? *Revista Diálogos de la Comunicación*, n° 49. Revista de la Felafacs. Extraído el 13 de octubre de 2013 de http://www.dialogosfelafacs.net/dialogos_epoca/pdf/49-03RossanaReguillo.pdf
- Trigo, P. (2008). *La cultura del barrio*. Caracas: Fundación Centro Gumilla.